

¿Qué harías y haces en mundos de gran talla
 Que crió sin cuento tu potente mano
 En ese espacio que no tiene valla?
 ¿Qué seres hay en ellos, qué naciones?
 ¿Luchan como nosotros su batalla?
 ¿Son víctimas también de sus pasiones?
 ¿Es su alma diferente, tienen forma,
 Han sido necesarias redenciones?
 ¿Y es tu misión eterna la reforma
 De esos mundos, si tuercen con su abuso
 La regla que les diste como norma?
 ¿Quién sabe? ¡cuánto bueno y cuán profuso
 No cabe en tu fecunda Omnipotencia!
 Criar siempre nuevos seres es su uso,
 Reformar lo que altera la demencia
 De la criatura y conservar, el sino
 Constante, de tu sabia Providencia.
 Gracias, Dios mío, mil gracias, Uno y Trino,
 Te doy por lo que has hecho en mi planeta;
 No nos dejes correr por mal camino
 Y quedará tu protección completa.

1889.

 EN MI CUMPLEAÑOS

Setenta años, Señor, hoy he cumplido
 Por tus santas bondades, setenta años
 Hace ya que he venido
 A este mundo de lágrimas y engaños.
 ¡Ay cuánto tiempo llevo de subida
 Por la áspera montaña de la vida!

Mas si antes fatigado
 Cuando era menos viejo, la subía,
 Hoy que ya más cargado
 De diciembres y penas debería
 Llegar hasta esta altura más cansado,
 Por tu santo favor llevo aliviado.

Hoy desde este encumbrado observatorio
 De la filosofía, mi ávida vista
 Va pasando revista
 Por el vasto y breñoso territorio
 Que forma, de mi vida el panorama
 Y el largo catalejo
 De la memoria que acompaña á un viejo
 Mil y mil cosas á mi vista llama.

Lejos miro, con pena y con cariño,
 Un punto imperceptible entre celajes
 De la aurora fulgente de mi vida:
 Es una cuna donde llora un niño.

¡Ay! de entonces acá, cuánta mentida
 Ilusión, cuánta fe desvanecida,
 Cuánta vicisitud inesperada,
 Cuántas faltas y errores,

Cuántos, de vanidad, falsos honores,
Cuánta grata memoria ya olvidada,
Cuántos amores y amistad mentidos,
Cuántos bellos países recorridos.

¿Y todo para qué? para ir buscando
Una felicidad que no es posible.
¿Y todo para qué? para ir llegando
A esta cumbre terrible
A todo alivio humano inaccesible.

Allá en la primavera de mi vida
En medio á los escombros que dejara
Cataclismo de guerra fratricida,
Miro apenas, confusa ruina cara
De aquel palacio y su jardín hermoso
Que en horas más serenas
En mi entusiasmo juvenil alzara.
Sólo faltaban cúpula y almenas,
Y al jardín disfrutarlo con reposo:
Era el palacio mi feliz carrera
De empleos y mi hogar el jardín era.

Desmoronóse todo en una hora;
Mas ya comprendo ahora
¡Oh Dios mío! tus designios previsores;
Del mundo, en las alturas yo subido
Tal vez en el orgullo sumergido,
Como tantos que veo, brillantes necios
Más dignos que de honores, de desprecios,
No obtendría, como obtengo, tus favores,
Y perdido el honor, la fe perdida,
Habría perdido tu amistad querida.

Hasta el, que tú me diste, humilde numen
Para encantar mi vida, bando impío
Y la falta de apoyo y el hastío

Y la pena, apagaron mi cacumen,
Y hoy lo miro extinguido
Ahogado en desencanto y en descuido.
Solo llego, Señor, solo..... muy solo,
Mi hogar está desierto y triste y frío;
Mas tú sabes, Dios mío,
Que mi culpa no fué, que infame dolo
Se deslizó sutil. Viles ladrones
Saquearon ese hogar; mas también sabes
Que tu amparo, mis penas hizo suaves
Y que quedaron limpios mis blasones.

Y para colmo de dolor volviendo
Mi catalejo hacia mi patria amada
Sólo miro esa patria mutilada
Y que otros miembros más, irá perdiendo,
Y miro en lo que queda, al extranjero
Como en triunfo sus tiendas, ir plantando
Y trocarse el paisano en jornalero.
Que el indiferentismo cual serpiente
Infiltra su veneno pestilente.

Miro tu religión mal comprendida,
Y además, perseguida y despreciada,
Y veo la vanidad muy extendida
Hasta en la gente buena y más preciada.
Miro que el hombre honrado
Es hasta escarnecido y despreciado,
Y veo, en fin, que sentada en rica mina
¡Ay! mi patria no es más que una ruína.

Y entre tal malestar y desentono,
¿Cómo pude, Señor, hallar la maña
De subir por esta áspera montaña,
Tranquilo, sin cansancio y sin encono?

¿Cómo es que con salud y fuerza y vida,
 Paz y espíritu entero,
 Sentidos y entereza no fallida
 He podido pasar tan cruel sendero?

Cuando veo tras de mí, seguir mis huellas,
 Ya cansados, sin fe, casi sin tino,
 Por más bello quizá y ancho camino
 A otros que al mundo me siguieron tarde,
 Ayer aun, llenos de esperanzas bellas
 Que de su bienestar hacían alarde:

Cuando miro á mis plantas,
 Tantas personas y eminencias tantas
 Que están ya descansando en la posada,
 Cuando yo aun no he rendido la jornada:
 Cuando miro mis males tan temidos
 En bienes convertidos
 Tal vez porque del mundo desatado
 Sólo á tu santo amor viva apegado;

Cómo, Dios mío, no darte con cariño
 Gracias mil con respeto y confianza,
 Lleno de fe, de amor y de esperanza
 A tus plantas, de hinojos, como un niño.

Sígueme, pues, llevando de la mano
 Como tan bueno y excelente padre,
 Y con María, tu veneranda madre,
 Ayúdame á salir del mundo insano
 Cuando á tu santa voluntad le cuadre.

RECUERDOS DE NAPOLES

Nápoles, bella Nápoles, ¡oh! cuántos
 Recuerdos gratos tu memoria evoca;
 Mucho tiempo hace ya que tus encantos
 Disfruté en tu mansión con ansia loca.

Allí yo de tus gracias encantado
 Y ávido de gozar, á la ventura
 Vagaba por tus calles ó avenidas
 De espléndido comercio guarnecidas
 O en tus templos innúmeros entraba
 Y en tus ricos museos
 O ya me paseaba
 Por tus bellos jardines y paseos.

A veces receloso
 Trepaba tus tortuosos callejones
 De calles un sofisma
 Tropezando en sus broncos escalones
 Siempre dispuestos á romper la crisma.

Otras sobre la poética montaña,
 De Pozzuoli, subido hasta la altura
 Me extasiaba en el bello panorama
 De sin par galanura
 De proverbial y reputada fama.

¡Y el Vesubio!..... allí está. Su altiva frente
 Levanta al cielo desafiando rayos,
 Ornada eternamente
 Por aureola de luz resplandeciente.

Circúndanlo en cortejo cual vasallos,
 El mar y las ciudades y los montes,

Selvas, viñas y flores que sumisas
Le mandan sus perfumes con las brisas
Que vienen de lejanos horizontes.

Allí está ese titán: como un monarca,
Criado por Dios, tal vez, al par del mundo,
Eterno, inmóvil, con desdén profundo
Como faro infernal, de tiempo en tiempo
Alumbra con sus fuegos la comarca
Y quema y pulveriza cuanto abarca.

Con su turbante fúnebre, onduloso,
Ahí está ese granítico Vesubio.

De los siglos, el golpe poderoso
No ha podido mellar ese coloso
Ni apagarlo las aguas del diluvio.

A la falda del monstruo, por sarcasmo,
Ve el viajero con pasmo

Que la infecunda y árida ceniza
La tierra en que se posa fecundiza.

Esparcidos preciosos pueblecillos
Parecen recostados

Cual manadas de humildes corderillos
Entre frescos jardines y sembrados,
Viendo con miedo humear eternamente
El negro vaho de su boca ardiente
Que en columna gentil al cielo sube
A formar con las nubes otra nube.

Hace ya dos mil años que ese monstruo
Arrojó las entrañas por la boca
Y ese vómito horrible y espantoso
Fué, tal vez, parto de la rabia loca,
Impulso, acaso, del veneno eterno
Que de su fuego desahogó al infierno.

Mas ¡ay! que su satánica venganza
Al escupir sus vómitos al cielo

No pudiendo alcanzarlo en su pujanza
Los arrojó en el suelo,
Y la asquerosa haba
En forma de guijarros y de lava
Cinco ciudades sepultó en su escoria
No dejando ni restos ni memoria.

Ahora sólo se mira el esqueleto
De ciudad pompeyana portentosa
Arrancada á la tierra codiciosa
Que veinte siglos ocultó en secreto.

Y todavía quién sabe?
Cuantos vómitos más, de eruto inundo,
Mientras exista el mundo
En su vientre prepara hasta que acabe
Con ciudades y pueblos y comarca
Y cuanto el monstruo con la vista abarca.

¿Cómo vives ¡oh Nápoles! tranquila?
Cómo duermen ¡oh Portici y Resina!
Alegres y contentos
Sabiendo que debajo está Herculano,
Víctima del tirano.

Sirviendo de cimiento á tus cimientos?

Tus erupciones, desde que hay memoria
Casi cincuenta cuéntanse en tu historia.
¿Por qué con tal furor así te ensañas
En darle á tantos pueblos el tormento
De estar siempre pendientes de tu aliento?

¿Qué horno infernal fermenta en tus entrañas?
¿Está el núcleo en el centro de la tierra?

El infierno cristiano allí se encierra
Y tu boca es la boca de ese infierno
Donde á Satán y su legión impía

¿En su santa ira relegó el Eterno?
¿Eres tal vez, eterna chimenea

De la fragua ciclópea de Vulcano
De fábrica espantosa, que se emplea,
Con designio inhumano,
En fabricar los males
Que vienen á affigir á los mortales?

Al borde de tu cráter, con orgullo
Hollé, parado en calcinada roca,
Los gruesos labios de tu inmensa boca;
De tu aliento escuché vago murmullo
Y entré en tus fauces con audacia loca.

Mas al réprobo Gautry, recordando
Sentíme presa, de fatal vahido,
Perdida la moral y trastornado
Salí precipitado

Pues me sentía atraído
Por luces infernales, fascinado,
Al fondo de aquel cráter maldecido.

Fuera ya, y espoleado por el miedo
Por el plano inclinado

Que forman las cenizas, con denuedo
Dejéme deslizar hasta un cercado
Que formaba los lindes de un viñedo.

Allí jadeante y magullado y roto
El miedo hizo que alzara
La vista, encomendándome devoto,

Pues temí que la lava me alcanzara.
Respiré, no fué nada. El pobre guía
Que de lejos, saltando me seguía
Llegó por fin y me tendió la mano
Y del lágrima-cristi que tenía
Tomé un trago, me alcé y estaba sano.

Y otra vez y otras ciento si pudiera
Subiría con placer hasta tu cumbre
Para ver desde allí, la muchedumbre

De bellezas que ostentas: tu ribera,
Tu golfo, tus ciudades, tu pradera,
Tus jardines, palacios y bajeles
Anclados en el puerto, tu bahía
Y mil vistas que aun niño yo veía
Dibujadas por hábiles pinceles.

Allí está Caprí, sobre el mar sentada,
Isla pigmea, frondosa y renombrada
En el mito y la historia
Que tuvo vanagloria
En servir de mansión al grande imperio
Del infame y espléndido Tiberio.

Por uno de sus flancos, una ruta
Desciende tortuosa hasta su falda,
De allí el vapor conduce hasta la gruta
Esmaltada de brillos de zafiro
Y luces de esmeralda

Que el sol le presta en su variado giro.

Más allá está Sorrento, ciudad bella,
Que bajo higueras, flores y viñedo
En caprichoso enredo

Que impiden asentar la torpe huella,
Guarda orgullosa el mausoleo del Tasso,
Gloria de Italia y honra del Parnaso.

Aun parece que estoy en la Chiaia
Larga avenida en frente de la playa
Por hermosos palacios guarnecida
Y por la Villa-Real paseo galano
A la playa del mar también cercano.

Adornan el paseo de esa avenida
Kioskos, prados, jardines, bellas fuentes
Y estatuas mil de que olvidé el guarismo
Que nos ponen presentes
Los dioses del antiguo paganismo.

Todo esto embellecido y animado
 Por concurrencia espléndida de gentes,
 Gran música y magnífico alumbrado
 De noche, y en la tarde por brillantes
 Carruajes mil, de damas elegantes.

Al fin de esa avenida está una gruta
 O túnel que taladra el ancho monte,
 Y es una larga y tenebrosa ruta
 Por carruajes y gente transitada
 Que descubre al salir otro horizonte;
 Parece de murciélagos un nido
 Y se mira alumbrada
 Por cien picos de gas perpetuamente,
 Pues que le está prohibido
 Entrar en ella al sol resplandeciente.

Sobre la entrada de esa catacumba
 Está, del gran Virgilio,
 El poeta de las églogas é idilio,
 La ya ruinosa y descuidada tumba.

Por hermoso sendero
 Se va al sitio real Capodimonte
 Querido de aquel rey Carlos-tercero
 Se levanta en la cúspide del monte
 Granítico palacio torreado
 Sobre grandes cavernas fabricado.
 Biblioteca, museo, jardines, fieras,
 Hermosas pajareras,
 Y qué sé yo; pero lo más notable
 Para mí, fué un precioso gabinete
 De rica y esmaltada porcelana
 De artísticos relieves: admirable
 Y encantador retrete
 De una dama gentil, napolitana,

Tan bella como amable,
 Que al saber que era México mi cuna,
 De asombro con sus puntas
 Salió á verme abrumándome á preguntas
 Cual si hubiera bajado de la luna.

Como era natural, por cortesía,
 Le dije en mal francés: Señora mía,
 No he visto gabinete más gracioso,
 Más raro y más precioso,
 Ni en Londres, ni en París, Suisa y España,
 Como este que se oculta en la montaña
 Digno estuche, en verdad, bello alhajero
 Del dije, que lo ocupa, verdadero.
 —“Dejando el dije, contestó ligera,
 Y su galante adulación, pues noto
 Que en México hay también gente embustera,
 Le diré que su voto
 No es aislado, pues varios me lo han dicho,
 Y aunque cuesta muy caro ese capricho
 Tiene la gran ventaja
 Que con agua y esponja solamente
 Su hermosura conserva reluciente
 Y así nunca su mérito rebaja.....”

Una noche volvíamos de Sorrento
 En alegre mas digno aturdimiento
 Yo y algunos señores
 Acompañados de señoras bellas,
 De gozo y juventud, radiantes ellas,
 Cargadas de buqués de lindas flores,
 Y nosotros de frutos los mejores,
 Pues veníamos de hacer un día de campo.
 ¡Oh qué noche! La luna como un ampo
 De nieve, derramaba sobre aquellos

Cuadros mil con sus pálidos destellos
 Tal tinte, tal encanto, tal poesía,
 Que dejando aquel grupo en que venía,
 Fingí cualquier negocio que no tuve;
 En frente de Pompeya me detuve
 Y el tren siguió dejándome en la vía.

Allí sentado sobre un poste y solo,
 En medio de aquel mundo de belleza,
 Invocaba en mi ayuda al grande Apolo,
 Y sentía evaporarse mi cabeza.

A mi izquierda las olas se estrellaban
 Con ruido acompasado é impaciente,
 Mil lunas en sus rieles esparcían
 Y á su impulso y al soplo del ambiente
 En el puerto los barcos se mecían.

Al frente erguida la ciudad famosa
 Cual gran decoración de inmenso teatro
 De la montaña extensa y sinuosa
 A la falda tendida en anfiteatro.

Ventanas y balcones alumbrados
 Dejaba, y con las luces de sus calles
 En toda la ciudad escalonados
 Su conjunto admirar y sus detalles.
 Y esa reina del mar siempre brillante
 Estaba interesante

Y simpática y bella cual ninguna
 Con los poéticos tintes de la luna.

A derecha el Vesubio dibujando
 En el fondo del cielo su silueta
 A la de otros montículos juntando,
 Y aquí y allá, en el plano, la coqueta
 Concurrencia de bellas y señores
 De las casas de campo, en bosquecillos
 Alumbrados por luces de colores,

Bailes, músicas, cantos
 Y algarabía de niñas y chiquillos
 Agregando á las fiestas sus encantos.

Y luego los fantasmas blanquecinos
 De pueblos y palacios y ciudades,
 El constante trajín de sus vecinos
 En carruajes, en burros, á caballo
 Retirándose ya á sus vecindades,
 Y allí cerca el cadáver de Pompeya,
 Del cielo, condenado, por el fallo,
 Castigo á su impiedad y sus maldades,
 Y cuyo fin y nombre llena el mundo;
 Todo esto en goce y estupor profundo
 Me tenía sumergido

Creyendo ser un sueño sostenido.....

Basta ya, pues, jamás acabaría
 De cantar los placeres que me diste.
 ¡Oh Nápoles! adiós: la suerte mía
 Tal vez ya nunca ¡ay triste!
 Volver á verte me permita un día.

A DIOS
—
HIMNO DE GRATITUD.

Hagamos al hombre
á imagen y semejanza nuestra.
(GÉNESIS).

Señor: cuando á mis solas reflexiono
En los bienes sin tasa que me has hecho
Y el muy poco ó, tal vez, ningún provecho
Que he sacado, y el pérfido abandono
Con que te ha visto mi inconstante pecho;
Siento tal desconsuelo, tanta pena,
Que quisiera volver al primer día
En que tu gracia compasiva y pía
Me indultó del delito y la condena
Que por mi origen merecido había
Para emprender de nuevo mi camino
En el carril de tus preceptos santos,
Ajustar á tus huellas mi destino
Y un tanto compensar, ya con más tino
Tu grande amor y beneficios tantos.
En efecto, ¿qué cosa es el vislumbre
O tenue resplandor que en mi alma brilla
Y resalta en idea de altivo encumbre,
O en dulce y bella y poética y sencilla;
Sino un débil reflejo de tu lumbre?
¿Qué puede ser el sentimiento hermoso
De amor y de respeto y de ternura
Que germina en mi pecho y que de gozo
Lo llena y lo consuela y le procura
El bienestar que tiene y el reposo

Sino una débil sombra, una partícula
De ese amor paternal con que me criaste
Y de humano linaje, en la matrícula,
Para amar y sentir me registraste
Y tu santa ternura en mí encarnaste.
Y ese fuego constante, ese deseo
En que, aun de niño, se ha abrasado mi alma:
Esa eterna tendencia á lo que creo
Que existe más allá de lo que veo
Y no me deja descansar en calma;
¿Qué puede ser, Señor, sino el anteojo
De inmensurable y poderoso alcance,
Chispa de la mirada de tu ojo
Que hace que al escabel mi vista avance
De tu alto trono, con amante arrojo?
¿Qué es este aliento que con fiel medida
Y rígido compás lleva el gobierno
De este reloj á que llamamos vida
Sino la cuerda, que tu mano cuida
De darle siempre con anhelo tierno?
Y esta memoria, del pasado, espejo
Que, cosas tan lejanas y sin cuenta,
Como si fuera un libro nos presenta:
Es una pincelada, es un bosquejo
De tu memoria, del olvido exenta.
¡Y el libre arbitrio! Cuando al hombre hiciste,
Para darle la prueba más flagrante
De tu amor, "no sea máquina" dijiste
Y de tu santa libertad le diste
Un razgo, que lo eleva cual gigante.
Y ese remordimiento que nos queda
Después de cometer una injusticia
Contra interno precepto, que nos veda
Dar gusto á nuestro instinto de malicia,

¿Qué es? sino es el punzón de tu justicia.
 Y ¿qué es el goce que nuestra alma siente
 Después de ejecutar acción loable,
 Como de proteger al miserable,
 Perdonar una injuria, ser clemente;
 Mas que algo de tu gozo inalterable.

¡Los sentidos! ¿qué són? copioso flujo
 De tu poder: espléndido prodigio
 De mecanismo y arte y un gran lujo
 De saber, de tu amor, por el prestigio
 Y de tu gran bondad claro vestigio.

Y el pan y la salud y tantos bienes
 Que en tu inmenso almacén guardados tienes
 Hasta para los pájaros del cielo,
 De dónde nos vendrían, sin ese anhelo
 Paternal con que á todos nos mantienes.

¿Por qué, pues, ¡oh Señor! con lengua impía
 Hay necios y malvados que te niegan?
 O si creen que tú existes, te relegan
 Lejos, cual ser, tal vez, de gran valía;
 Mas que aquí sus miradas nunca llegan.

Además: si, del mundo los placeres,
 Mi espíritu jamás han satisfecho,
 Ni honores, ni dinero, ni esos seres
 Hermosos que llamamos las mujeres,
 Que es lo más bello que en la tierra has hecho.

Y siempre detrás de ellos, el hastío;
 Si no es que aterrador remordimiento,
 Ha venido á roer el pecho mío
 Dejando el desconsuelo y el vacío
 Y decepción cruel y abatimiento;

En cambio, cuántos goces no me ha dado
 Ese mundo encantado, que en mi mente,

Con tu lindo pincel has dibujado,
 Esboso bello del que, eternamente
 Para el bueno tú tienes preparado.

Qué son, sino paisajes de ese mundo
 Los bellos sueños, que despiertos vemos
 Los que, por tu bondad, aun no tenemos
 El espíritu ahogado en el profundo,
 Del sensualismo, lodazal inmundado.

Del cuadro más común, de la natura
 Y aun del más bello, la vulgar chaveta
 El brillo, nunca ve, con que el poeta
 Los embellece, uniendo á su hermosura
 Los esmaltes de luz de su paleta.

Oaxaca, Veracruz, Nápoles, Roma,
 Venecia, Londres, Nueva-York, Jalapa,
 Suiza, París y..... mil ¡hermoso mapa
 De mis recuerdos que á la mente asoma
 Y proporciones gigantescas toma!

Cuántas, Señor, de gozo, hermosas horas
 En un mundo tan variado no he pasado
 Ya ante bellos paisajes que coloras
 Con el suave matiz de las auroras,
 Ya ante el cuadro sublime, anonadado.

Ora es, de hirviente mar, la gran llanura,
 Cuyo linde en el cielo desaparece,
 Mi buque entre su oleaje con bravura
 Lucha, se hunde, se eleva, se estremece,
 Y llega al fin al puerto y se guarece.

Ora es una soberbia catarata
 Que me asombra y atrae con su ruido
 Y en su agreste grandeza confundido
 Mi espíritu en sus ondas se arrebatada
 Y eleva el alma y de placer dilata.

Ora al margen del lago, en bosque umbrío

Frente á gigante secular ruína
De un castillo de antiguo señorío,
Fantasma que en la altura se ilumina
Por la luz de la luna, blanquecina.

Ora en grutas de hielo, ora en la cumbre
Alta y nevada de montaña alpina,
En el fondo profundo de una mina
O absorto bajo esférica techumbre
De cúpula que al cielo se avecina.

Ya en teatros, ya en palacios ó ateneos,
Ya en conciertos de música divina;
Ora en aristocráticos paseos
De damas de hermosura peregrina,
Ya en jardines de fieras y muscos.

Y ese cielo: ese espléndido santuario
En que están cien mil lámparas pendientes
De noche y día sin cesar ardientes
Alumbrando el recóndito sagrario
Del gran Ser de los seres necesario.

Y esa aurora boreal y esas tan bellas
Crepusculares nubes rutilantes
Y ese iris y ese polvo de diamantes
Que visto con antejo son estrellas
De proporciones varias y gigantes:

Todo esto y tanto y tanto, que la pluma
Es impotente á enumerar siquiera
Ya en lo sublime que por grande abruma,
Ya en lo bello que encanta; es verdadera
Emanación de tu grandeza suma.

En todo, pues, Señor, he hallado goces
Sin contar los insanos y prohibidos
Que en tu santa justicia desconoces;
Por todo, pues, mi Dios, en altas voces
Gracias te doy con la alma y los sentidos.

ILUSIONES Y REALIDADES.

¿Qué son las ilusiones? la esperanza
De realizar aquello que la mente
Nos pinta como bueno y conveniente
Para hacernos felices, si se alcanza

En esta convicción imaginaria
Sin meditar, acaso, en los consejos
De la razón ni el juicio de los viejos
Nos lanzamos á empresa temeraria.

Para vencer obstáculos, creemos
Que nos vasta la fe con el denuedo
Y arrostramos por todo y nos metemos
En un, tal vez, inextricable enredo;

Mas si el triunfo logramos por la audacia
¿En dónde está el Edén que hallar soñamos?
Al fin de tanto afán ¿qué es lo que hallamos?
Muy poco, tal vez nada, ó la desgracia.

Y tras cruel decepción que nos lastima
Pero que no nos sirve de escarmiento,
Volvemos otra vez y otras, y ciento
Por varia senda á hundirnos en la sima
Del desengaño, hasta que el tiempo cano
Con su impotencia de luchar nos calma
Dando, no paz, sino quietud al alma
Cansada siempre de luchar en vano.

El prisma que nos presta la ignorancia
Al objeto deseado da colores,
Nos lo muestra muy bello y entre flores
Rodeado de esplendor y de fragancia;

Mas la vieja experiencia pronto viene
 Con su índice inflexible á señalarnos
 Las espinas punzantes que contiene,
 Y el prisma disfrazó para engañarnos.

Y bien, ¿qué es la ilusión? engaño eterno:
 Si queremos gozar de sus halagos
 Conservemos en flor los sueños vagos,
 Pues sólo, dan sus frutos, un infierno.

Dos niños una vez se recreaban
 Jugando de jabón, con las burbujas;
 De su mágico tubo, los granujas
 Lindas bombillas al espacio enviaban.

Trasparentes, esféricas, aéreas,
 Los colores del iris reflejando,
 Las regiones del aire, al ir dejando
 Parecían dirigirse á las etéreas.

Uno de ellos muy cuerdo, se extasiaba
 Y una bomba tras otra despedía
 Que un rosario, en los aires parecía
 Y con verlas subir se contentaba.

Gozaba así mejor, pues su rosario
 A más de que, de ingenio daba prueba
 Con su vista galana y forma nueva,
 Hacía su goce más durable y vario.

El otro, más vivaz, menos juicioso
 También sus globos al espacio daba;
 Mas á cada burbuja, codicioso
 A cogerla, insensato se lanzaba;

Ni el rosario formaba, como el otro,
 Ni á la bomba subir le permitía,
 Y lloraba y pateaba como un potro
 Porque al irla á coger se deshacía.

El niño cuerdo la ilusión detiene
 Y la cruel realidad deja que tarde;
 El otro, haciendo de codicia alarde
 Dolor y engaño como fruto obtiene.

Pero bien, me diréis, si así es la vida
 ¿Qué aliciente tenemos, qué consuelo
 Si á procurar, del bien, el dulce anhelo
 Ni la ilusión, ni realidad convida?

Si es como dices la ilusión engaño
 Y realidad, un áspid que nos muerde
 El juicio y la razón aquí se pierde
 Entre sila y caribdis por su daño.

¿Qué hacer entonces? ¿qué salida se halla
 Para poder marchar en la existencia,
 Si es nula la ignorancia y la experiencia
 Y de bronce, do quier, se alza una valla?

—Hay salida y muy fácil si tú quieres,
 Que aunque nunca perfecta bienandanza
 El bienestar y la quietud alcanza
 Y es: con gusto cumplir nuestros deberes.

Si ellos nuestra ilusión no constituyen
 El gusto de ser cuerdos, nos suaviza
 La pena, que á los necios martiriza
 Y más agrandan cuanto más la huyen.

Ganaremos la paz de la conciencia
 Y el pan y la salud, con menos pena:
 Esperanza de vida más serena
 El fruto, en fin, mejor de la experiencia.

BRINDIS

No es, el solo placer de la comida
Ni el torpe paladar del ebrio inmundo
Lo que á estar aquí juntos nos convida ;
Más noble es nuestro objeto, más profundo :
Es el placer de la amistad querida.

Es cierto que los goces de la mesa
El estómago tienen por objeto ;
Mas, del cerdo imitara la torpeza
Quien no hallara, olvidando su nobleza,
En el cariño su placer completo.

Cariño sí: por más que mi estoicismo
Niegue en el mundo la amistad cumplida
Bien puedo asegurar que ahora mismo
La triste mezquindad del egoísmo
No viene á acibarar nuestra comida.

Que aunque del hombre los afectos puros
Son sólo cual relámpago brillante
Que, del pecho, en los báratros oscuros
Por entre las rendijas de sus muros
Sin mancha sólo brillan un instante;

Ese bello relámpago nos deja
Una grata impresión que no se olvida
Cual primer beso de beldad querida
Que suspende un momento toda queja
Y suaviza las penas de la vida.

En buena compañía y en paz hermosa
Aquí no habemos tirios ni troyanos,

Lejos de la política enfadosa
Y lejos de etiqueta vanidosa
Gozamos de la fiesta como hermanos.

Brindo, pues, porque unión tan placentera
El año venidero se repita ;
Desde ahora, pues, á todos se os invita
Haciéndose venir al que esté fuera
Y prohibiéndose á alguno que se muera.
